



Los acusados frente al tribunal en la segunda sesión de la vista que se celebra en el Juzgado Penal número 5 de Bilbao. :: L. PÉREZ

«Cipriano me dijo que el dueño les dejó un piso para echar a las ratas de abajo»

Uno de los policías que testifican en el juicio por 'mobbing' inmobiliario revela las intenciones de los acusados para forzar el desalojo de dos hermanas en Etxebarri

:: LEIRE PÉREZ

BASAURI. La segunda jornada del caso de 'mobbing' inmobiliario que se investiga en el Juzgado número 5 de lo Penal de Bilbao sentó ayer ante el tribunal a más de una docena de policías, entre agentes de la Ertzaintza y miembros de la guardia urbana

de Etxebarri, que testificaron a instancias del Ministerio fiscal. Un supuesto delito por el que solicita hasta cuatro años de prisión para los cinco procesados –dos miembros de una familia bilbaína que gestiona «varias decenas» de rentas y tres integrantes de un conflictivo clan gitano de Basauri–. La acusación particular eleva su responsabilidad penal a seis años.

Las demandantes, dos hermanas que residen alquiladas en un inmueble de Etxebarri, sostienen que todos ellos les hicieron «la vida imposible» para que abandonaran la vivienda, por la que pagaban 20 euros al mes, después de que el casero in-

tentase infructuosamente años atrás que firmaran una actualización del contrato, en el que solicitaba «1.600 euros por el arrendamiento de una vivienda y el bar» que regentan en los bajos.

Varios agentes se convirtieron ayer en piezas clave de la investigación al declarar, como ya recogían los atestados efectuados por ellos mismos durante las sucesivas denuncias interpuestas por las hermanas Lujua, que habían escuchado a miembros de la familia de etnia gitana reconocer sus intenciones. Uno de los ertzainas de Basauri que acudió repetidamente al inmueble en acto de servicio relató que Cipriano, patriarca

del clan, le aseguró «hasta en dos ocasiones» que «el propietario les había dejado» ocupar otra vivienda del edificio «con el fin de echar a esas ratas del piso», en alusión a las hermanas Lujua. Según describió ante el tribunal, él y su compañera de patrulla eran «constantemente demandados», algunas veces para apoyar a las dotaciones de la Policía Municipal, porque «en las discusiones había mucha gente, las dos familias e incluso el propietario». Su versión fue secundada por otra uniformada perteneciente a la comisaría de Basauri. El jefe de la Policía local y otros tres agentes de Etxebarri también declararon haber escuchado palabras en

ese sentido. «Los policías oyeron las intenciones por las que estaban allí, de molestar y coaccionar, y lo reflejaron en los escritos de incidencias», relató el máximo responsable de la guardia urbana.

Denuncias constantes

Los propósitos de los allegados de Cipriano se hicieron visibles «a las pocas horas» de residir en el inmueble. Según los testimonios de los agentes, fueron «sus dos hijas menores» y otra persona «sin identificar» quienes, en conversaciones con los miembros de seguridad, admitieron haber desembarcado en el edificio para, en supuesta connivencia con el dueño, «molestar a los del primer piso porque no pagan el alquiler». «El propietario nos ha dejado sabiendo que somos más de veinte en la familia», llegó a decir una de las hijas de Cipriano, según reveló un policía local. Sus compañeros ratificaron que las denuncias eran constantes, todas las semanas, y algunas de ellas cruzadas. «Se insultaban mutuamente y las hermanas nos requerían porque tiraban cosas por la ventana o hacían mucho ruido por la tarde y la noche», indicaron a preguntas del fiscal.

El ciclo de declaraciones de la sesión lo cerraron cuatro testigos, algunos miembros del grupo de apoyo a las hermanas Lujua y otros clientes del bar, que dijeron haber escuchado «voces y gritos» en el último piso, desde el que se increpaba a las inquilinas sin motivo aparente. «Estábamos en la barra y empezaban a insultarlas. Hijas de puta era la palabra más normal», comentó uno de ellos. Otro residente presenciado como Iñigo López, hijo del propietario y persona encargada de gestionar el patrimonio de su padre, tiró un tiesto por la ventana a la regente del establecimiento hostelero. «Le di un empujón y menos mal que cayó al suelo», describió. Un episodio por el que ya fue juzgado y condenado. El juicio continuará hoy con los testigos de la defensa y las pruebas periciales.

Una hostelera de Santutxu recoge firmas en demanda de más policías frente al delito

Degustación Legarreta lleva cuatro asaltos en un año, los dos últimos en apenas un mes. Ayer destrozaron la luna y se llevaron el dinero de la máquina tragaperras

:: VIRGINIA URIETA

BILBAO. La primera vez, el 5 de enero de 2013, destrozaron una de las lunas del local –valorada en 1.200 euros– y se llevaron la caja registradora. Estaba vacía. Pasaron sólo dos meses hasta que volvieron a intentarlo, pero no llegaron a consumir el robo. Una vecina, que presenció desde su balcón cómo trataban de acceder por la ventana, logró disuadirlos con sus gritos. La tercera fue el pasa-

do 25 de enero, también sin éxito: las alarmas saltaron en cuanto rompieron dos de las enormes cristales, así que los cacos huyeron sin botín. «Aita, que me han vuelto a robar», le decía ayer Mari Luz Esteban a su padre cuando entraba por la puerta de Degustaciones Legarreta, en el barrio bilbaíno de Santutxu. «Pero tranquilo –puntualizaba–. No ha sido grave».

La luna de la cafetería, con un enorme agujero por el que fácilmente pudo deslizarse una persona, a la altura del suelo, y la máquina tragaperras abierta y ladeada delataban que, en términos de botín económico, a la cuarta fue la vencida. Cuatro sustos en los dos años y medio que Mari Luz lleva al frente del local. «Ya no puedo más –clamaba la propietaria–. Estoy harta».

La mujer se encontró con la estampa cuando fue a abrir el local, a las siete menos cuarto de la mañana. Desde la Ertzaintza, que acudió al lugar junto a varios agentes de la Policía Municipal, explicaron que han abierto una investigación, y la hostelera puntualizó que habían tomado huellas dactilares de la máquina. «Lo único que puedo hacer de momento es dar parte al seguro; parece que las cámaras de seguridad –una en la boca del metro de la calle Karmelo, a escasa distancia, y otra en un local contiguo– no han captado nada», explicaba.

Todo apunta a que los supuestos ladrones se sirvieron de unas arquetas para romper el cristal, adelantaba Esteban, como ya hicieron en otras ocasiones. «Es una zona peligrosa, sin vigilancia, y encima tienen todo el material a su alcance. Lo denuncié al Ayuntamiento la primera vez y me dijeron que para mayo de este año cambiarían el material de las arquetas para evitar que sean utilizadas como arietes», indicaba.

Hace quince días que recoge firmas para solicitar al Consistorio el refuerzo de la vigilancia policial en



Reclama mayor presencia de patrullas en la zona. :: MAITE BARTOLOMÉ

el barrio. Está convencida de que hacen falta más patrullas para que comercio, hostelería, viviendas y ciudadanos se sientan seguros. Lleva quinientas «y todavía sin salir a la calle». «No podemos seguir así, en esta esquina ha pasado de todo», denuncia.

Ayer se confesaba frustrada, «impotente» ante el acoso delictivo que sufre desde que abrió la cafetería. «No puedo hacer una inversión más

en seguridad, no me merece la pena. Y ni siquiera sé si el seguro me va a cubrir los gastos –la luna que tendrá que cambiar esta vez cuesta 900 euros–. Tanto dinero en dos meses... Estoy pensando en irme», admitía. Escobar decidió emprender ella sola un negocio «para salir de la crisis», pero asegura que le está costando caro: «Lejos de sobrevivir, me estoy arruinando. Este sitio parece un imán para los ladrones».